

seguida dirigir á la nacion un manifiesto en que le anunciase la feliz terminacion del levantamiento de Barcelona, sin derramamiento de sangre, ni de lágrimas, en que se amenazase á los revoltosos que en un punto cualquiera tratasen de alterar el órden, en que se mostrase el firme propósito de mantenerle á toda costa, marchando sin ladearse á derecha ni izquierda por solo el camino de la ley. Entonces se realizara su prestigio, entonces se diera á la España y á la Europa una alta idea de lo que valia Espartero; pues que su sola presencia habia bastado para terminar de un soplo una insurreccion tan imponente; entonces no cayera sobre su cabeza el anatema que le fulminaron los hombres de todos los partidos; entonces no se convencieran sus adversarios de que á quien no empleaba otros medios que hierro y fuego, se le debia tambien combatir con fuego y hierro.

Dícenos el general Van-halen que la llegada del Gobierno en nada alteró las atribuciones del mando de que se hallaba revestido, ni la mas libre direccion de las operaciones; y que antes al contrario le proporcionaba la satisfaccion de oír constantemente la aprobacion de cuanto habia hecho y seguia haciendo. Creemos que es inexacta esta asercion, y quien la establece se daña á sí propio gratuitamente, cargando con responsabilidad que no le pertenece del todo. Ya hemos visto mas arriba que el mérito del pensamiento del bombardeo es realmente debido al Sr. Van-halen, y hemos probado que sus amenazas en los primeros dias del bloqueo de Barcelona, andaban acompañadas del firme propósito de poner en obra aquella horrenda atrocidad. Mas por lo tocante á su ejecucion, estamos convencidos de que no es tanta su culpa como él propio se ha querido echar; y que tanto dista de ser verdad lo que él afirma de que la llegada del Gobierno no alteró las atribuciones de su mando, que si el Regente no hubiese llegado al cuartel general no se hubiera llevado á cabo la terrible medida. Sí, el Regente y solo el Regente, es el principal responsable del bombardeo de Barcelona.

Van-halen no fué mas que un simple instrumento que obedeció hasta con cierta repugnancia, que prefirió manchar su carrera con aquel acto de crueldad á desagradar á un hombre que al cabo de 18 dias le habia de tratar con tanto desden, diciéndole con sequedad en su decreto de Sarriá de 21 de diciembre que habia tenido á bien relevarle de los cargos de Capitan General del 2.º distrito y general en jefe de Cataluña, sin ni siquiera honrarle con la acostumbrada forma de que estaba satisfecho de su lealtad y buenos servicios.

Para convencerse de que el Sr. Van-halen no es tan culpable de la ejecucion del bombardeo como él mismo nos ha querido dar á entender, basta una ligera reseña de lo acontecido desde el dia 29 de noviembre hasta el 3 de diciembre, y de las negociaciones que mediaron al efecto de tantear si seria posible obtener una capitulacion que evitara la catástrofe.

ULTIMAS NEGOCIACIONES.

La Junta elegida el dia 27 de noviembre no pudo continuar por falta de individuos; así es que en la noche del 29 al 30 fué nombrada otra que se instaló desde luego, y se ocupó de los medios de poner pronto término á la violenta situacion en que se encontraba la ciudad; los señores que la componian eran los siguientes: presidente, Baron de Maldá, D. Salvador Arolas, D. José Armenter, D. Juan de Zafont, D. José Torres y Riera, D. José Soler y Matas, don José Llacayo, D. Antonio Giberga, y el vocal secretario D. Laureano Figuerola.

En prueba de que la nueva Junta deseaba vivamente la terminacion pacífica de la crisis, hay un hecho que no consiente réplica, cual es que desde los primeros momentos de su instalacion procuró que se retirase D. Juan Manuel Carsy, quien no obstante los últimos acontecimientos habia sido nombrado para formar parte de ella. Negáronse los

demás individuos á ser miembros de una Junta en que el señor Carsy tomara parte, creyendo que habiendo sido él quien habia estado á la cabeza del movimiento, bastaba su nombre para imposibilitar un amistoso arreglo.

Tan pronto como se hubo establecido dicha Junta, encontróse con un parlamentario del Capitan General que le exigia, que como primera muestra de intenciones pacificas debia permitirse la ocupacion del fuerte de Atarazanas, indicando que se asegurasen las personas de los autores principales de la insurreccion (1).

(1) Ejército de Cataluña.—E. M.—Son las seis de la mañana, y cuando tanto interesa á esa ciudad el poner término á la situacion espantosa en que se encuentra, evitando de este modo los desastres que la amenazan, aun no he recibido la contestacion terminante y decisiva, segun pedí á esa nueva Junta en mi escrito de ayer mañana, siendo así que a las dos de la tarde ya estaba constituida: por lo tanto y teniendo sobradas pruebas de que los que se llaman republicanos se han unido á los partidarios del Estatuto, y solo esperan la llegada (si es que no están ya en Barcelona) de los mismos caudillos que se pronunciaron en octubre del año anterior, para levantar su bandera; prevengo á Vds. me den con el oficial portador una contestacion terminante, y si esta se dirige al término pacífico como prueba de que sus sentimientos son verdaderos, y para apoyar los mismos deseos de la Junta, y á cuantos individuos en Barcelona quieran sostener la fidelidad á sus juramentos, me manifestarán Vds. su conformidad á que ocupe el fuerte de Atarazanas la fuerza que yo destine á él; tomando por su parte todas las medidas convenientes para evitar que individuo alguno haga el menor acto de hostilidad, pues en este caso, en unas cuantas horas de fuego seria arrasada la ciudad. A las diez en punto debo tener la contestacion á esta comunicacion, y de no acceder para esta hora á cuanto tengo exigido, y á la inmediata ocupacion de Atarazanas, como primera garantía de la disposicion á poner término pacífico á tantos desastres, en cumplimiento de mis deberes y de las órdenes de S. A. el Regente del Reino, que me han sido comunicadas por el Ministerio de la Guerra, me verá en la sensible necesidad de romper el fuego acto continuo. Los autores principales de los males que afligen á la mayoría inmensa de Barcelona, no pue-

No pudo la Junta satisfacer los deseos del General; ni aun cuando hubiese podido, no le pareció decoroso apoderarse de la persona de Carsy; porque en efecto, semejante proceder habria sido indigno de hombres generosos. Y así es que procurando convencer al parlamentario de las razones que la asistian para no acceder á las exigencias del Sr. Van-halen, procuró ganar algunos momentos, que era lo que importaba en situacion tan angustiosa y apremiante.

Deseosa empero de preparar el desenlace pacífico, y de ofrecer al General prendas seguras de lealtad y buena fe, se ocupó desde luego del desarme de la fuerza que podia oponerse á la capitulacion, publicando en el mismo dia 30 un bando en que se mandaba que entregasen las armas todas las personas que las hubiesen tomado desde el 14 del mismo mes en adelante (1).

den quedar impunes: esa Junta y cuantos de corazón sean fieles á la Reina, á la Constitucion y á la Regencia establecida por la misma, deben conocerlos y asegurar sus personas para que sufran el castigo que las leyes les imponen por tanta sangre como han hecho derramar, y por la horrorosa é injusta insurreccion que han ocasionado con su conducta y maquinaciones; en este número entran cuantos componian la Junta que se titulaba directiva, cuya bandera me es bien conocida, habiendo interceptado una carta de su presidente Carsy á un individuo de la Junta revolucionaria que se formó en Gerona, y que fué disuelta á las pocas horas por la lealtad de la M. N. y habitantes de aquella ciudad. S. A. Serma. el Regente del Reino llegó ayer tarde á mi cuartel general, donde ha establecido el suyo, habiendo revistado antes en medio del mayor entusiasmo á todas las tropas que encontró en el tránsito, y á las acantonadas en Sans y la Bordeta. — Dios guarde á Vds. muchos años. Cuartel general de Esplugas de Llobregat 30 de noviembre de 1842.—El Conde de Peracamps.—A la titulada Junta de gobierno de Barcelona.

(1) BANDO. Constituida la Junta de gobierno de esta ciudad, debe ante todo adoptar medidas que aseguren la tranquilidad interior de Barcelona y den á todos sus habitantes la garantía

Salieron de la ciudad D. Juan de Zafont, D. Antonio Giberga, D. José Soler y Matas y D. Laureano Figuerola que componian la comision de la Junta que debia conferenciar con el general Van-halen y con el mismo Regente. No cabia exigir mejor garantía de los sinceros deseos de transaccion que el bando que acababa de publicar la Junta, y que se estaba ejecutando en todas sus partes, mientras la expresada comision andaba en busca del Capitan General. En la *Reseña histórica* publicada por los individuos de la expresada Junta, se refiere que el jefe de E. M. D. N. Martínez con quien conferenciaron los comisionados antes de avistarse con el Sr. Van-halen, les manifestó que no serian bien acogidas las proposiciones de que las tropas que guardasen Barcelona no fuesen las mismas que la ocupaban antes, y que no entrasen en la ciudad el general Zurbano ni el Jefe político. No parece que fueran humillantes para el Gobierno semejantes proposiciones; dado que mas bien que como condiciones de capitulacion, se las debia considerar como miras de prudencia: mayormente en lo que

de que pueden permanecer tranquilos en el hogar doméstico. Por tanto viene en decretar:

Artículo 1.º Todas las personas que desde el dia 14 del corriente en adelante hayan tomado las armas, las entregarán inmediatamente en el cuartel de Atarazanas á la persona designada por la Junta. El que deje de cumplir esta disposicion será castigado con todo el rigor de la ley.

Art. 2.º Se exceptuan únicamente de la disposicion anterior las personas que hayan merecido la confianza de los señores alcaldes de barrio.

Art. 3.º El término para entregar las armas queda fijado desde las tres hasta las cinco horas de esta tarde.

Art. 4.º Será tambien castigada severamente toda persona que bajo cualquier pretexto trate de perturbar el orden. Barcelona 30 de noviembre de 1842.—El presidente, Barón de Maldá.— Salvador Arolas.— José Soler y Matas.— José Puig.— José Armenter.— Juan de Zafont.— José Torres y Riera.— José Llacayo.— Antonio Giberga.— Laureano Figuerola, vocal-secretario.

tocaba á la entrada de Zurbano y de Gutierrez. La exasperacion de los ánimos contra aquel General habia llegado á un punto difícil de describir; y bien claro es que no era fácil desarraigar la creencia que tenia el vulgo de que toda la dureza, toda la crueldad venia de Zurbano. El pueblo se acordaba apenas de Van-halen en los dias del levantamiento; solo pensaba en Zurbano, solo nombraba á Zurbano; en su concepto Zurbano era quien dirigia las tropas para hostilizarle, quien queria saquear la ciudad, quien estaba encargado de verificar la quinta, quien debia subir á Monjuich para realizar el bombardeo, quien debia encargarse del mando de Barcelona para castigar á los revoltosos; en una palabra, Zurbano lo hacia todo, Zurbano lo era todo. En esto podia haber toda la falsedad, toda la inverosimilitud, toda la ridiculez que se quiera; pero supuesto que el pueblo lo imaginaba así, ¿era por ventura tan impolítico que se hubiese mandado al general Zurbano que no entrase en Barcelona hasta pasado el tiempo necesario para calmar los ánimos, y desvanecer los rumores que circulaban sin fundamento? Semejante medida, ¿era acaso humillacion del Gobierno, ni desaire del General que era objeto de ella? Todo el mundo hubiera visto aquí una providencia dirigida á tranquilizar la ciudad en lo tocante á la política que se proponia seguir el Gobierno. En cuanto á Gutierrez, hé aquí cómo se expresan los individuos de la Junta en su *Reseña histórica*: «Todavía era mayor si cabe, mas unánime y compacto el anatema popular contra el jefe político Gutierrez. A su carácter arrebatado, á su brutal ignorancia, atribuia todo el vecindario los inmensos males que sufria, y no podia perdonar á la persona que en vez de dispersar y neutralizar los elementos de desorden, habia servido de mecha incendiaria para que se combinaran y estallaran.»

La negativa con respecto á estas proposiciones indicaba bastante claro que el Gobierno no trataba de calmar las pasiones, y que no le importaba nada el provocar de nuevo la efervescencia popular. El bombardeo era tal vez una

medida decretada, quizás era preciso llevarla á cabo de todos modos; y por esto convenia presentar de mal aspecto el negocio, infundir temores de terribles castigos para que la desesperacion sucediese al abatimiento de los espíritus, apresurándose la hora en que tronar pudiese el cañon de Monjuich.

El Sr. Van-halen afirma en su *Diario razonado* que sus justas observaciones no persuadieron el ánimo de los comisionados que insistian en su opinion de que la milicia conservara las armas; tomándose la libertad de decir lo siguiente: «Me propusieron que sin decir desde luego mi resolucion de desarmar la milicia, permitiese que esta formase para recibir á S. A. y á las tropas en la ciudad, y que luego pasando seis ú ocho dias, se procediese al desarme; á lo que les contesté que su proposicion era muy ajena de mi franco modo de proceder, y que parecia una felonía el verificar el desarme despues de haberles dado la mas mínima esperanza de que no lo haria.» Pero estas palabras del Sr. Van-halen son rechazadas vivamente, y desmentidas de la manera mas explícita por los señores de la comision. «La verdad, dicen, puesta en sus términos precisos y no contradictorios con la garantía que se pedia en la proposicion segunda, era: desde luego que pudiéramos asegurar á los nacionales que conservarían las armas, saldría la milicia á recibir á S. A., formaría pabellones en el glacis y paseo de Gracia, se abrazarían con los soldados los nacionales y entrarían en la ciudad interpolados los batallones. Los comisionados y demás miembros de la Junta se ofrecían en rehenes, marchando al frente del ejército para ser fusilados al menor desacato que se cometiera; y finalmente, que verificada la entrada y tranquilizado el vecindario sobre las siniestras intenciones que se atribuían al ejército, la Diputacion y Ayuntamiento dentro ocho ó quince dias procederían á la organizacion de la milicia. Si esto no se realizaba, los comisionados manifestaban que la Junta se retiraría, porque no tenía fuerza física ni moral para hacerse obedecer de otra suerte; los ánimos se irritarian, la desconfianza contra el Gobierno renacería violenta-

mente y la ciudad iba á ser presa de la anarquía interior, al par que de los ataques exteriores.»

Semejantes proposiciones no eran ciertamente para despreciadas; y así es que el general Van-halen resolvió consultarlas con el Gobierno del Regente, pidiendo á este audiencia en nombre de la comision. Esta audiencia fué negada; solo el ministro dió la contestacion é instrucciones reducidas á que Barcelona se rindiera á discrecion, y que solo así podia contar con la clemencia del Gobierno.

Entre tanto llegó á la comision la noticia de que los batallones de tiradores y el peloton de provinciales de caballería habian entregado las armas, que todos los oficiales de dichos cuerpos estaban ya embarcados; en una palabra, que el bando estaba en ejecucion en todas sus partes. Tan plausible nueva que manifestaba bien á las claras la actitud pacífica de la ciudad, sorprendió al general Van-halen, quien segun se lee en la citada *Reseña histórica* pronunció estas terminantes palabras: *Esto ha cambiado de aspecto*. Desde entonces pareció decidido el Sr. Van-halen á terminar en breve la crisis; se prestó á acompañar á los comisionados á avistarse con el Presidente del Consejo de ministros, anduvo con ellos en un mismo coche desde Esplugas, y platicaba con ellos de tal manera que sus palabras no dejaban duda de que consideraba ya terminado el negocio. Así les hablaba de asuntos que solo podian tener lugar dando por finida la crisis, y les decia amistosamente que tendrían que preparar alojamiento para el Duque, como lo refieren los señores de la Junta en la *Reseña histórica* ya mencionada. Sin embargo el Sr. Van-halen se engañaba lastimosamente; ignoraba que el Jefe del Estado, el que debia dar ejemplo de miras elevadas y conciliadoras, el que debia complacerse en señalar su carrera pública con rasgos de política y generosidad, se proponia tratar á la infortunada Barcelona con inexorable dureza, con crueldad inandita. El general Rodil se habia constituido el intérprete de los sentimientos del Regente; y así comenzó por no recibir á los comisionados, por hacerles aguardar

en medio de la calle durante las altas horas de la noche, como nos refieren ellos mismos. Vueltos á la ciudad, comunicaron á la Junta el resultado de su cometido, convocando para las ocho de la misma mañana á todos los señores alcaldes de barrio y comandantes de la milicia para resolver lo que debia hacerse en situacion tan aflictiva.

Nos compadecemos profundamente de la angustiada posicion de cuantos debian dar su voto en tan formidable trance. Una ciudad de ciento sesenta mil almas, la capital del principado de Cataluña, la industriosa, la bella, la rica Barcelona, podia convertirse de un momento á otro en una pira fúnebre, en un monton de ruinas!... ¡Ah! en tan angustiosos lances, cuando no hay consuelo sobre la tierra, cuando no hay que esperar en los hombres, cuando en estos solo se encuentra crueldad inexorable; el mortal levanta los ojos al cielo, invoca al Dios de justicia y de bondad; para aplacar su cólera anda en busca de sus ministros á quienes ruega tambien para que interpongan con los poderosos obstinados su mediacion augusta. Nadie habia podido convencer al ministro, nadie habia podido lograr una audiencia del Regente, los individuos de la reunion se volvia en todas direcciones para encontrar un medio de evitar la catástrofe. Hallábase todavia en la ciudad el venerable obispo; presentóse su imágen á los individuos de la reunion, pareciéndoles que si la comision volvia al cuartel general con el respetable acompañamiento de las canas y de las virtudes del Prelado, era imposible que no se enternecieran los corazones mas empedernidos. Espartero no habia querido ceder á los ruegos de los hombres; pero se le presentaba un ministro de un Dios de paz y de amor, un pastor que suplicaba por su rebaño, un sucesor de los apóstoles, un enviado del cielo, que hablaba á un hombre poderoso en nombre de un Dios omnipotente. Ceder á los ruegos de un obispo, no era transigir, no era humillarse; era prestar el tributo de homenaje á la

religion que amparaba á la humanidad, era engrandecerse á los ojos de la España, de la Europa, del mundo entero. Cuando la fama hubiera publicado que el Regente se hallaba á la cabeza de un ejército numeroso delante los muros de una ciudad sublevada, cuando se hubiera dicho que el dictador irritado tenia á su disposicion una fortaleza inexpugnable, que en breve tiempo podia arrasar la ciudad; cuando se hubiera dicho que indignado por los desmanes de la insurreccion, por la sangre de los soldados vertida en las calles, no habia querido ni escuchar á nadie, ni creer á nadie, que solo queria sumision completa, rendicion sin ningun género de condiciones, que se proponia castigar con mano fuerte á los rebeldes para asegurar de una vez el imperio de la ley; la España y la Europa hubieran dicho: hé aquí un carácter firme hasta la obstinacion que sabe hacer respetar la autoridad que las Córtes depositaron en sus manos: la suerte de Barcelona es triste, es espantosa; pero Espartero presenta algo de tiránico y cruel que envuelve por lo menos cierta apariencia de grandor terrible; la suerte de Barcelona es bien triste, ¿qué será de Barcelona? Pero un momento despues la fama hubiera publicado una nueva consoladora expresándose en estos términos: « Ya las mechas de Monjuich ardan en las manos de los artilleros, ya el ejército estaba sobre las armas, ya el Regente á caballo, á la cabeza de sus soldados, daba las disposiciones para atacar al mismo tiempo la ciudad, ya echaba una mirada fulminante sobre aquellos muros en que ondeara poco antes el lema de *abajo Espartero y su gobierno*, ya parecia que estaba cebándose en el cadáver de su víctima, que pisaba su ensangrentada cerviz con orgullosa planta; cuando hé aquí que salen de nuevo los embajadores de la ciudad, acompañados del venerable anciano que viene á interceder por sus ovejas descarriadas. Solicita hablar con el Regente, y la audiencia le es otorgada; pronuncia las palabras de paz y de perdon, y el semblante airado se calma, y sus palabras se ablandan, y dudando un momento y resistiendo todavia, cesan las

amenazas, y envaina su espada, y responde por fin al Prelado suplicante: «Nó por los hombres, sino por Dios, en cuyo nombre me habláis, concedo perdon y paz; idos al templo á dar gracias al Todopoderoso, rogad por el sosiego de Barcelona, por la tranquilidad de España; y no olvideis á los valientes que perecieron pocos días há en las calles y en las plazas, defendiendo el órden y las leyes.» ¡Qué espectáculo mas bello! ¡qué escena mas digna y mas grandiosa! entonces los amigos de Espartero hubieran dicho á sus adversarios: «¿Veis al hombre á quien queriais derribar, á quien insultabais y escarneciais; veis como sabe sostener la altura de su posicion? ¿veis al hombre á quien achacabais que se humillaba ante los motines, como sabe refrenarlos con mano fuerte, como sabe ser inexorable con los revoltosos? ¿no comprendéis su tacto político y su religiosa generosidad, en no dejarse ablandar por las súplicas de nadie, y en condescender luego que le habla el venerable Prelado?» Vanas ilusiones! vanas ilusiones, que los hechos desmintieron de una manera atroz, que nos dolemos que no se convirtieran en realidades, para bien de España, para salvacion de Barcelona, para gloria de Espartero. Sí, y nos duele profundamente, porque ya que los diez años de revolucion habian turbado el suelo de la infeliz España, ya que una cadena de miserias, de crímenes y desastres, habian inundado de amargura nuestra desventurada patria, agradáranos sobre manera que en el desenlace del formidable drama se hubiese presentado una figura digna, gigantesca, que con su grandor nos indemnizara de tanta mezquindad y pequeñez; porque cuando trazamos con severa mano los tristes rasgos de la fisonomía del ex-Regente, no lo hacemos con secreta complacencia, sino con el vivo pesar de que en la persona del soldado de fortuna no nos deparase la Providencia un hombre grande.

Ni los comisionados ni el obispo pudieron ver al Regente, ni obtener del ministro una palabra consoladora; rogaba el obispo, rogaban con él otras personas respetables,

y el Presidente del Consejo nada sabia responderles, sino *la España toda, la Europa entera nos está mirando; nada puede concederse; sumision completa, rendirse á discrecion.....* Sí, razon teneis, la España toda, la Europa entera os está mirando, absorta, pasmada, al ver que españoles, vais á incendiar la mas bella ciudad española; sí, razon teneis, la España toda, la Europa entera os están mirando; y esas palabras salidas de vuestra boca en un sentido que por decoro nos abstenemos de calificar, entrañan para vos y para el hombre á quien servís algo de fatídico y terrible; la España toda os está mirando, para lanzar sobre el Regente su anatema tan pronto como estalle el cañon de Monjuich. Jefe de la nacion, vais á destruir una de sus mas preciosas joyas; dice bien vuestro ministro, la España toda os está mirando y se están dando tambien todos los españoles una mirada de inteligencia, para concertarse, para aprestarse al combate, para levantarse todos juntos como un solo hombre, para hacerlos huir de Madrid, para empujarlos hasta las playas gaditanas, para lanzaros con espada en mano á un navío extranjero; para deciros en viéndoos ya en salvo: Idos, no queremos derramar vuestra sangre, no queremos entregarnos á la venganza; idos, que vuestro castigo sea el recuerdo de las llamas de Barcelona y Sevilla, que nuestra venganza sean los remordimientos que roerán vuestro pecho, allá bajo las tinieblas de la sombría Albion.

EL BOMBARDEO.

Pero sigamos el hilo de la historia. Volvieron los comisionados á Barcelona, y en cumplimiento de su deber pusieron en conocimiento del público el verdadero estado de las cosas, y los trámites que habia seguido el negocio. Con fecha 1.º de diciembre, publicó un manifiesto donde en breves palabras refiere la historia y el resultado de los